1 DESV

Fuera de VALIJA
nº 159/160 = 15 Enero 49

FRANCO, LA PAZ Y LA VERGUENZA

El generalísimo ese, en un artículo firmado por él y difundido por una agencia periodística norteamericana, traza, a guisa de consejo a las Naciones Unidas, un "programa para alcanzar la paz del mundo". Su caso es idéntico al del calvo que ofrece un remedio infalible para hacer crecer el pelo. Resulta curioso que sea el hombre que desencadenó la guerra más cruel, más odiosa, más infame, quien ahora sienta esos pujos pacifistas y se ponga a sermonear a la humanidad, como si él fuese un ángel de paz y los demás unos tremendos guerreros. Claro que la doctrina pacifista del generalísimo se basa en principios, no ya elementales, sino de una absoluta simpleza. Cree, en efecto, Franco que la forma de alcanzar la paz es no hacer la guerra. La inteligencia del caudillo no da para más, y ya es bastante que a un generalísimo como él, cuyo oficio es hacer la guerra, se le ocurra hablar contra la guerra y lo haga precisamente para abogar por la paz entre los lectores de los periódicos, que, por lo regular, suelen ser personas muy pacíficas.

¿Por qué cree el generalísimo que no debe haber guerra? Porque "la guerra como medio de alcanzar un fin —dice— está completamente fuera de moda. El desarrollo en la escala de las armas modernas ha hecho que el saldo entre pérdidas y ganancias sea francamente desastroso." Esto se le ocurre pensarlo a Franco después de conocer el "saldo entre pérdidas y ganancias" que arroja la guerra que él mismo desató. Una persona inteligente lo hubiera pensado antes. Pero Franco hace primero la guerra, luego examina el saldo, y, después de haberlo examinado, es cuando exclama: "¡El saldo es francamente desastroso!" ¿Acaso no lo sabía ya? ¿Creía, quizá, que la guerra iba a dar un saldo favorable? Por lo visto, cuando Franco empezó a bombardear ciudades, y a destruir puentes y fábricas, y a ametrallar a gente trabajadora, y a asolar campos, y a destruir la riqueza material y humana de España, creyó que iba a obtener de todo eso un saldo muy rico y opimo. Es, sin duda, después de hacer todos esos destrozos y esparcir tanto dolor y tanta ruina, cuando a Franco se le ocurre pensar: "El saldo es desastroso".

El mismo presenta en los siguientes términos el espantoso cuadro de lo que produce la guerra: "Millones de muertos, heridos y mutilados, prisioneros y cautivos; crueldades sin nombre, sufrimiento físico, ruina espiritual, persecución y violencia, éxodo de pueblos enteros, hambre, miseria, despilfarro de la riqueza de las naciones, millones de seres sin pan, sin hogar, y un peso insoportable para las generaciones futuras: he aquí la herencia de la guerra última." Franco se refiere, naturalmente, en ese párrafo de su artículo, a la última guerra internacional; pero, ¿acaso no es también esa misma la herencia de la guerra en España, que fué su obra personal? ¡Muertos, heridos, mutilados, cautivos, crueldades, persecuciones, violencia, éxodo, miseria, ruina, hambre!.. Nada falta en el siniestro inventario. Franco puede contemplar orgulloso ese dramático panorama, y decir: "¡Todo eso lo he hecho yo!" Y luego ponerse tranquilamente a predicar la paz, después de haber examinado el desastroso "saldo entre pérdidas y ganancias" de su propia guerra...

Modelo de desfachatez, de descarado cinismo es el artículo de Franco. Quien basó su poder en la fuerza y en el atropello al derecho, condena ahora "la fuerza que tiene prelación sobre el derecho". Quien, en España, ha convertido a los jueces en instrumentos de la más cruel venganza y la más odiosa persecución, pide ahora, en el campo internacional, "garantía de imparcialidad e integridad moral en los jueces". Quien fué un gobernante pelele de Hitler y de Mussolini, truena contra los "regímenes peleles". Quien sostiene una feroz tiranía en nuestra patria, ensalza "la libertad política de las naciones, los principios de la justicia y de la equidad". Quien sólo odio y rencor sembró en España, se escandaliza ahora de las normas que "suscitan sentimientos de odio y de rencor entre los oprimidos." Quien lanzó sobre los españoles de los cementerios, de las cárceles y del destierro las más infames calumnias, pide "un código internacional que proscriba las calumnias". Quien faltó a todos los mandamientos divinos, pide ahora "fraternidad cristiana, amor universal, caridad, entendimiento cristiano entre los pueblos". Quien escarneció todos los preceptos morales, fustiga "la ausencia de escrúpulos morales". Quien dió forma espléndida al estraperlo como norma de la economía nacional, reclama "seguridad económica". Quien... ¿Para qué continuar copiando? Franco pide al mundo lo que él mismo niega a los españoles, presenta como ideal lo contrario de lo que ha hecho, ensalza lo que destruyó, afirma lo que negó, hace de rufián defensor de la virtud, de asesino a quien escandaliza el crimen, de ramera con virginales remilgos monjiles...

Con singular impudor, Franco reparte consejos y da advertencias a todos los gobiernos. Les dice lo que han de hacer y lo que no han de hacer... Bien merecido tienen el cínico consejo. Por no haberle dado a tiempo el palmetazo definitivo a Franco, lo ven ahora convertido en maestrillo, en desvergonzado dómine que les dice cómo han de alcanzar la paz... ¡Estupendo espectáculo! ¡Franco dando a los demás gobiernos lecciones de paz, de libertad, de derecho, de sentimientos cristianos!... El mundo había conocido, sin duda, casos delirantes de desahogo, de insolencia, pero acaso nunca haya conocido otro igual de desvergüenza.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2 G/1349
P.C.E.
Ltra
10